

LOS ELEMENTOS DE LA EXPERIENCIA MUSICAL (II)

César de la Cerda.

De manera semejante a como la geometría distingue en los cuerpos físicos tres dimensiones: la longitud, la latitud y la profundidad, en los sonidos la música reconoce tres elementos fundamentales: la *melodía*, la *armonía* y el *ritmo*. Representan las tres formas como la combinación de los sonidos puede ser analizada y comprendida.

La *melodía* resulta de la combinación *sucesiva* de los sonidos y depende del tipo de escala o serie sonora que se emplee. Pero la simple combinación de matices sonoros no constituye por sí sola una melodía, como no hay tampoco un cuadro en la pintura por la sola mezcla de los colores al azar. Es evidente que percibimos la melodía como una unidad, como una configuración organizada: “percibir una melodía no es desde luego oír sonidos, es distribuirlos alrededor de uno o muchos focos de convergencia jerárquicamente distribuidos. Es construir una forma, un sistema de relaciones” (Delacroix, H., *Psicología del Arte*). De las investigaciones realizadas sobre la naturaleza de la experiencia melódica se desprende que ésta es producto de la conjugación de varios factores, inherentes unos a las relaciones tonales mismas y propios los demás de la experiencia, el entrenamiento y las pautas de la cultura. Toda melodía es un movimiento sonoro que progresa de puntos de tensión hacia puntos de reposo, lo que concede a su secuencia una dirección y un propósito, mantiene su cohesión orgánica interna y la convierte en un elemento vivo. Gran parte de la significación que la melodía tiene para el oyente proviene de su semejanza con el lenguaje: el ánimo resuelto se expresa con firmeza y brevedad, mientras la indecisión es imprecisa y titubeante; el amor hace que los sonidos se alarguen y la agresión los vuelve duros y secos. Conviene señalar que el movimiento de la línea melódica tiene también una analogía con el movimiento corporal: proyectamos sobre ella el principio de gravedad y experimentamos el movimiento hacia las notas altas con tensión, nos “deslizamos” en los pasajes descendentes de notas continuas o “caemos” en el sonido más grave.

La *armonía* es el elemento musical que resulta de la combinación *simultánea* de los sonidos. Descansa en la capacidad de nuestra percepción auditiva para realizar la síntesis de esa combinación. Estructuralmente, la armonía representa la composición vertical como la melodía la horizontal, y no cabe duda de que fue precedida por ella: los principios básicos que rigen la combinación simultánea de los sonidos se derivaron del desarrollo de las formas melódicas. Las armonías se estiman consonantes cuando poseen un carácter de estabilidad, lo que no sucede con las armonías disonantes cuya característica es una mayor tensión, y al menos dentro de los cánones de la armonía tradicional (siglos XVIII y XIX), cierta

inestabilidad y una tendencia a resolverse en la consonancia. Estas cualidades son subjetivas y están sujetas a una interpretación evolutiva. Tal como es estimada por el oyente promedio actual, el tránsito de una disonancia a una consonancia produce el efecto del cambio entre lo desagradable y lo agradable, entre la tensión incómoda y el reposo grato.

El *ritmo*, por último, es la pauta sobre la cual se combinan los sonidos en el tiempo. Así como la duración es el substrato del tiempo, este lo es del elemento rítmico. El ritmo es la aplicación en música de un principio vital que gobierna los fenómenos universales: la naturaleza está regida por la ley de la periodicidad, orden de la secuencia y del movimiento. La respiración, la circulación de la sangre, la tensión y la relajación corporales representan una serie de ritmos fisiológicos naturales. La base fundamental del ritmo es la secuencia uniforme. La mente manifiesta una tendencia a la organización, como se observa al escuchar la serie periódica de los golpes de un metrónomo en donde la acentuación se presenta como una necesidad psicológica. Esta tendencia a la agrupación da origen al “metro”. La agrupación métrica más elemental es la que se expresa por el número dos, ritmo sugerido posiblemente por los pasos al caminar. Las marchas y mucha música popular tienen esta medida. El segundo metro básico es la acentuación en grupos de tres, que poseen el vals y otras danzas folklóricas. La aceleración rítmica produce tensión emocional, la acentuación y los intervalos uniformes, un entusiasmo sin exaltación, y el acento dinámico, cuando va situado fuera de su sitio, una tensión elevada. Como sucede con los otros elementos musicales, el valor estético del ritmo y su efecto sobre el oyente dependen considerablemente de sus nexos asociativos con diferentes tipos de música. El ritmo firme y percutido se asocia con el vigor y la solemnidad y el ritmo ondulante con un ánimo feliz y alegre (Lundin, R.W., Ibid.).

Con el ritmo se cierra el triángulo de los tres elementos formales más importantes de la expresión estético-musical. Como ocurre con las cualidades del sonido, que están presentes en toda vibración sonora, así también estos tres elementos actúan conjuntamente en el desarrollo de las formas musicales cuya importancia deriva en grado apreciable de la manera significativa como el compositor los combina. Las cualidades de los sonidos solos (intensidad, tono, timbre y tiempo) y aquellas otras que son producto de sus múltiples combinaciones (melodía, armonía y ritmo), constituyen en conjunto los factores esenciales con que el pensamiento musical se expresa. La forma casi ilimitada en que pueden ser aprovechadas y las abundantes relaciones recíprocas que de ello emanan, describen todas las posibles modalidades de organización del mundo sonoro en formas inteligibles de significado estético, gobernadas por los principios de la lógica interna del pensamiento musical.